

EL AÑO LITURGICO A TRAVES DE LOS LECCIONARIOS BIBLICOS

por Pere Farnés

1. Lectura bíblica y celebración litúrgica

La Iglesia ha conocido, desde finales del siglo pasado, dos grandes Movimientos que la han rejuvenecido notablemente: el Movimiento bíblico y el Movimiento litúrgico. Los andares de ambos siguieron al principio caminos paralelos, sin que se diera entre ellos casi ninguna de aquellas mutuas interrelaciones que los hubieran enriquecido a ambos. Basta ojear los grandes documentos del magisterio —tanto los que se refieren al Movimiento bíblico como al litúrgico— para detectar este fenómeno. Ni las grandes encíclicas bíblicas «Providentissimus Deus» (1893), «Spiritus Paraclitus» (1920) y «Divino Afflante» (1943) aluden a la proclamación litúrgica de la Escritura, ni por su parte los documentos del resurgir litúrgico —empezando por su carta magna, la encíclica «Mediator Dei» (1947)— parecen muy preocupados por el papel de la Biblia en el interior de la celebración.

Y no obstante hay que afirmar no sólo que la lectura bíblica es fundamental en la celebración sino también que la Biblia tiene su última y principal razón de ser en las asambleas cristianas, en donde precisamente nació y en cuyo ámbito alcanza su mayor expresividad. Leer la Escritura personalmente, estudiar la Biblia en vistas a conocer mejor la Revelación, usar los Libros santos para profundizar la teología o para iluminar la oración personal es legítimo y es enriquecedor; pero, con todo, estos usos de la Biblia no dejan de ser secundarios en relación con la lectura litúrgica en el ámbito de las celebraciones.

No es aquí el lugar más indicado para describir los diversos avatares históricos por los que pasó la Revelación hasta llegar a su actual cristalización en los libros que hoy tenemos; pero lo que no se puede olvidar es que tanto los libros del Antiguo Testamento como los del Nuevo tuvieron su origen en las celebraciones y fueron escritos en vistas a su uso en las asambleas litúrgicas. Ningún estudioso negará hoy que si los antiguos relatos de la historia de Israel han llegado hasta nosotros, fue debido a las celebraciones con que el pueblo de la Antigua Alianza revivía en su liturgia las grandes realizaciones salvadoras de Yhavé. El relato de la salida de Egipto, por ejemplo, no hubiera pasado de ser un acontecimiento olvidado a no ser porque el pueblo que atravesó el Mar Rojo revivió este acontecimiento, año tras año, como parte integrante de su diálogo con Dios en la celebración anual de la Pascua. Y si es verdad, como afirman hoy los historiadores de la Biblia, que el período del Exilio fue uno de los momentos más decisivos en la *elaboración escrita* del Antiguo Testamento, no hay duda de que ello se debe precisamente a que en esta época nació el culto sinagogal centrado en la proclamación litúrgica de la Palabra inspirada. Por su parte tampoco el Nuevo Testamento escapó a esta regla: los exégetas modernos, en efecto, descubren cada día con mayor evidencia vestigios innegables de cómo influyeron las respectivas comunidades locales reunidas para la celebración eucarística en la redacción de los escritos del Nuevo Testamento.

2. De los libros bíblicos a los leccionarios litúrgicos

Los libros bíblicos nacieron para las celebraciones. Tal como fueron escritos —o mejor *tal cómo hoy los tenemos*— así eran proclamados, de manera íntegra y continuada, en las asambleas litúrgicas. Por ello podemos afirmar que primitivamente los códices de la Biblia eran, de hecho, leccionarios litúrgicos. La más antigua alusión que ha llegado a nosotros sobre las lecturas bíblicas en la asamblea eucarística —la Apología de San Justino (+165)— describe precisamente esta manera de proceder: «En el día que se llama del sol se reúnen los cristianos en un mismo lugar... y se leen los comentarios de los apóstoles y los escritos de los profetas por el tiempo que se puede»¹. Por otra parte, esta manera de leer los libros bíblicos —íntegramente y por orden de capítulos— es la más normal para la Biblia como para cualquier otro escrito.

Pero con el correr de los tiempos —y, a juzgar por algunos datos

1 Cf. *Apología* 1, c. 67.

que poseemos, muy pronto— algunas de las páginas de la Escritura fueron reservadas para días determinados. También la Sinagoga usaba este proceder desde antiguo con relación al Antiguo Testamento. Entre las diversas antologías de texto reservados para circunstancias concretas cabe señalar, sobre todo, la selección de perícopas de la Vigilia pascual, la lectura de los Hechos durante la Cincuentena de Pascua, la proclamación del evangelio de Juan en las semanas que preceden y siguen al domingo de Pascua, etc. El hecho de que estas lecturas se encuentren en los mismos días en todos los ritos es signo de que las citadas perícopas ya estaban asignadas a cada uno de estos días antes de que se diferenciaron las diversas liturgias, es decir, antes del s. iv o v. Por ello podemos concluir que muy pronto frente a la lectura habitual que proclama la Escritura de manera continuada e íntegra, empiezan a usarse algunos leccionarios con perícopas seleccionadas aunque sólo sea para algunas ocasiones determinadas.

3. Los leccionarios litúrgicos a través de la historia tienden a empobrecerse

La misma finalidad de este artículo no permite trazar aquí una historia pormenorizada de lo que pasó posteriormente con las lecturas bíblicas en la celebración. En síntesis lo resumiríamos de esta manera: pese a que para unos pocos días había lecturas seleccionadas, la norma general fue la de leer la Escritura como lectura seguida en la mayor parte de asambleas.

Pronto, con todo, surgió un primer atentado contra la lectura íntegra de la Biblia: fue probablemente cuando desaparecieron las primitivas celebraciones de la Palabra de los miércoles y viernes²; con ello la trama original de lecturas quedó desprovista por lo menos de dos terceras partes de perícopas³. Más tarde un segundo fenómeno se

2 Ya a principios del siglo ii la *Didagé* alude a una reunión en los miércoles y viernes. En Alejandría, a mitad del siglo v, existía también en los miércoles y viernes una asamblea en la que se celebraba solamente la Palabra (Cf. Sócrates, *Historia Eclesiástica* 5, 22). Parece que en tiempos de San León Magno se daban también en Roma las celebraciones de la Palabra de los miércoles y viernes.

3 Cuando desaparecieron las celebraciones de los miércoles y de los viernes muy probablemente cada uno de los días de celebración ya tenía sus lecturas asignadas. Con ello la lectura de los domingos, omitidas las correspondientes a los miércoles y viernes perdieron su carácter de *continuas*. Además, ya que en los domingos no se proclamaban las partes más importantes, sino simplemente las que correspondían a dichos días según la distribución prevista para las tres celebraciones de cada semana, resultó que las lecturas que quedaban asignadas a los domingos fueron

añade al primer empobrecimiento: los pueblos que progresivamente se iban incorporando a la Iglesia venían de ambientes muy distanciados del mundo de la Biblia y, por otra parte, la iniciación del antiguo catecumenado, que hubiera podido subsanar esta deficiencia, se iba debilitando progresivamente hasta su total desaparición. Con ello el mundo bíblico quedó cada vez más lejos de la comprensión popular y consiguientemente las lecturas bíblicas resultaban cada vez menos atractivas. Un tercer fenómeno vino a añadirse a los que hemos referido: la pérdida progresiva de la comprensión del latín que entre los siglos VIII al XII hizo que las lecturas bíblicas, que ya resultaban difíciles a los nuevos pueblos ajenos a la mentalidad de la Escritura, ahora a causa de la lengua en que se proclamaban resultaban del todo ininteligibles. Así fue como la Palabra de Dios se vio prácticamente desvirtuada y en este nuevo contexto lo único que de la misma se salvó fue la estructura de «leer la Biblia», sin que interesen demasiado ni el cómo ni el contenido que esta lectura debía aportar.

4. El resurgir bíblico-litúrgico del Vaticano II

Si hasta aquí hemos aludido a los avatares por los que ha discurrido la historia de la proclamación de la Palabra de Dios no ha sido ciertamente con el deseo de ofrecer unos datos de simple erudición; por otra parte si éste hubiera sido el propósito perseguido no pocos de los asertos hubieran tenido que matizarse con más detalle e incluso apoyarse en datos concretos que los probaran históricamente. Pero nuestro deseo ha sido otro: hemos querido ofrecer unas notas simplemente introductorias que ayudaran a captar, de la manera más correcta posible, la intencionalidad y las características de los nuevos Leccionarios litúrgicos que se sitúan en la más genuina tradición y quieren velar por la debida funcionalidad de la proclamación de la Palabra.

Es innegable que los documentos del Vaticano II y la reforma subsiguiente de los Leccionarios litúrgicos se sitúan en un ambiente muy distinto al de las grandes encíclicas bíblicas y al de la encíclica «Mediator Dei». Hoy ya no debemos lamentar la manera aislada y los caminos paralelos que deplorábamos en los inicios de los Movimientos bíblico y litúrgico; la interrelación que media entre la Biblia y Liturgia resulta hoy plenamente satisfactoria. No en vano han precedido los esfuerzos de los estudiosos y el Concilio ha sabido aprovecharse de sus resultados: una simple ojeada a las respectivas Constituciones sobre la

anexionadas a estas celebraciones por simple casualidad y no en razón de una selección previa.

Revelación («Dei verbum») y sobre la Liturgia («Sacrosanctum Concilium») evidencian hasta qué punto los contactos entre Biblia y Liturgia han sido detectados. La «Dei verbum», por ejemplo, al referirse al papel que corresponde a la Escritura en la vida de los fieles, de lo primero que se preocupa —allí donde las anteriores encíclicas hablaban de la teología, de la catequesis y de la normativa moral— es de la función que tiene la Biblia en el interior de la celebración⁴. Y por su parte, la Constitución de Liturgia no sólo hace continuas referencias a la función de la Escritura en el interior de la celebración sino que crea incluso una expresión, antes totalmente desconocida, que ha llegado o ser ya común: «Liturgia de la Palabra»⁵.

Tenemos, pues, ahora no solamente un Movimiento litúrgico y un Movimiento bíblico sino una liturgia que celebra la Palabra de Dios como uno de sus componentes y no sólo que «se sirve de la Palabra de Dios» para sus «ritos». Hoy, cuando entramos en el lugar de la asamblea, no sólo vemos destacado el altar como lugar litúrgico sino que contemplamos también el ambón donde se proclama la Palabra y la cátedra donde se comenta: esto es ya un símbolo del enriquecimiento logrado; pero falta aún que al progreso obtenido objetivamente se añada la captación subjetiva de este valor por parte de los fieles: falta que todos descubran el contenido y la finalidad genuina de los respectivos Leccionarios.

5. Celebrar la Palabra, primera finalidad de los Leccionarios litúrgicos

La afirmación de este subtítulo puede parecer una perogrullada. Y, no obstante, pensamos que expresa una realidad que no todos han captado de manera suficiente. Con demasiada frecuencia aflora en no pocos lugares una práctica que responde al enfoque preconiliar de «servirse de la Palabra» en lugar de «celebrar la Palabra». El hecho frecuente de recurrir a la Biblia para *seleccionar* en ella, según el propio criterio, aquellos textos que mejor expresan lo que uno quiere celebrar, ya es un síntoma de cómo la Biblia se ve aún más como una simple antología de textos que *pueden utilizarse* en la celebración que como la Palabra trascendente que se celebra como don gratuito de Dios a su pueblo. El Vaticano II ha querido fomentar en la vida de la Iglesia «aquel amor suave y vivo a la Sagrada Escritura que atestiguan en su tradición las Iglesias orientales y occidentales»⁶; pero este amor

4 Cf. *Dei Verbum*, n. 21.

5 Cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 56.

6 Cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 24.

objetivo a la Palabra es, sin duda, mucho más que un simple «servirse» de algunas de sus páginas que, en ocasiones determinadas puedan agradarnos para iluminar nuestras preocupaciones personales. Que dos novios, por ejemplo, se sirvan de la Biblia para expresar ante sus amigos lo que *ellos* sienten del amor y cómo éste su sentimiento es ratificado por Dios puede ser enriquecedor; pero construir toda la Liturgia de la Palabra del matrimonio con esta intencionalidad es ya mucho más discutible. Y la cosa resultaría a todas luces inaceptable si la práctica de seleccionar los textos pasara a ser habitual; si un grupo de fieles, por ejemplo, se acostumbrara a seleccionar las lecturas de cada celebración en función de lo que el grupo vive en lugar de intentar celebrar en la contemplación lo que Dios quiere comunicarle. Distinguir, pues, claramente entre «celebrar la Palabra» y «servirse de la Palabra» es una tarea urgente y un punto de partida absolutamente necesario si se quiere vivir la dinámica que presentan los nuevos leccionarios litúrgicos.

6. Las directrices del Concilio con respecto a los Leccionarios

Cuando en 1963 se promulgó la Constitución de Liturgia, el uso de la Palabra tal como la conocían los obispos era más que restringido; como hemos visto más arriba⁷ apenas si quedaban entonces unos pocos vestigios de lo que había sido en tiempos anteriores la proclamación litúrgica de la Palabra de Dios. En aquel contexto de pobreza bíblica no podía pensarse en que la propia asamblea conciliar abordara rápidamente las líneas y la confección de los leccionarios litúrgicos. Los obispos ni tenían tiempo ni posibilidades humanas para una empresa de tal envergadura. La asamblea conciliar se limitó, pues, a unas orientaciones dejando para los trabajos que debían seguir al Concilio las concreciones que sólo los especialistas podrían realizar debidamente. Pero lo que sí hizo el Concilio —y hay que reconocer que lo realizó de modo realmente iluminativo y orientador— fue trazar las líneas de la futura reforma.

El primer aspecto que subrayó el Concilio fue la necesidad de restaurar el antiguo *amor objetivo a la misma Palabra*, del que ya hemos hablado. Para ello era preciso velar por algunos aspectos algún tanto olvidados en los últimos siglos. La mayor abundancia de textos proclamados y el cuidadoso tratamiento de las perícopas constituían dos polos absolutamente imprescindibles. *Mayor abundancia de lecturas* porque, como hemos visto más arriba, con el correr de los tiempos y por di-

7 Cf. apartado n. 3 de este artículo.

versas causas los leccionarios se habían ido empobreciendo; cuidadoso tratamiento en la *selección de perícopas*, porque los diversos avatares históricos nos habían legado, de hecho, un Leccionario litúrgico construido a base de fragmentos que se habían incorporado a la liturgia por circunstancias la mayor parte de veces meramente fortuitas⁸. A estos puntos —amor objetivo a la Palabra, mayor abundancia de textos y más cuidada selección de lecturas— el Concilio añadió otra faceta importante: la de procurar la debida pedagogía que facilitara la comprensión de las lecturas. A este respecto no sólo se insiste en la conveniencia de que la homilía acompañe a las lecturas sino también —esta vez con referencia particular a los ministros— en que la misma ordenación de las lecturas facilite la comprensión del mensaje⁹.

Quizás uno de los párrafos en que más clara aparece la intencionalidad del Concilio es el que trata de las lecturas de la misa: en él se insiste sobre todo en dos cosas: en que la distribución de las lecturas abarque un *período superior al tradicional de un año* y en que se logre un tratamiento que distinga entre las *partes más significativas* de la Biblia¹⁰ y las que no tienen un contenido tan central. Con ambas notas se supera la pobreza de los antiguos leccionarios en los que el ciclo anual sólo permitía una presentación muy reducida y la limitación a los antiguos comienzos de los libros hacía que en el leccionario faltaran con frecuencia las partes más importantes de la Escritura.

Esta fue, pues, la obra del Concilio; veamos ahora cómo siguieron estas directrices los que llevaron a término la reforma de los diversos Leccionarios litúrgicos.

7. La lectura de la Biblia en los nuevos libros litúrgicos

La distribución de los escritos bíblicos en los nuevos Leccionarios litúrgicos obedece a criterios matizados, complejos y múltiples cuyo conocimiento puede clarificar no poco la inteligencia de los textos que se proclaman a través del año litúrgico. Pensamos que el cuidado con que han sido tratadas las diversas secciones de los leccionarios es ya de por sí un signo elocuente del lugar privilegiado que ocupa hoy la Escritura en los nuevos libros litúrgicos.

⁸ Cf. nota 3.

⁹ Con esta finalidad la Institución de la *Liturgia de las Horas* establece que los libros proféticos «sean leídos en el interior de las narraciones históricas, habida cuenta al tiempo en que vivieron y enseñaron», n. 152. Un procedimiento parecido —aunque mucho más abreviado— presentan las lecturas vetero-testamentarias de las ferias del Tiempo Ordinario en el leccionario de la misa.

¹⁰ Cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 51.

Los modos con que las lecturas bíblicas se presentan hoy en los leccionarios los podríamos esquematizar de la siguiente manera: a) lecturas largas y lecturas breves; b) lectura continuada y lecturas seleccionadas; la lectura continuada, a su vez, se distingue en: 1) presentación de las líneas fundamentales de la Escritura; 2) presentación profundizada del mensaje bíblico; 3) lectura moralmente íntegra de la Escritura santa. Añadamos aún que estos diversos sistemas de presentar la Biblia se entrecruzan con frecuencia sobre todo en la celebración eucarística en la que, a veces una de las dos lecturas es continuada, la otra, en cambio, seleccionada.

8. Lecturas largas y lecturas breves

He aquí una primera distinción que, aunque materialmente no sea nueva, sí que lo es en cuanto al enfoque con que hoy se presenta este doble género de lecturas en los nuevos libros litúrgicos. Prescindiendo del origen histórico que hayan podido tener las lecturas breves¹¹ hoy la reforma ha optado por darles una finalidad propia y muy distinta de la que tienen todas las demás lecturas bíblicas. Este extremo pasa quizá desapercibido a no pocas personas y por ello vale la pena subrayarlo. Las lecturas breves no persiguen, como el resto de las lecturas, dar un conocimiento del mensaje *en sí mismo* sino *inculcar un pensamiento concreto* con intensidad y *poner de relieve determinadas palabras*¹². De aquí se sigue una consecuencia evidente: estas lecturas de manera alguna deben prolongarse, pues si les añaden otras frases posiblemente el pensamiento que se ha querido subrayar perderá su relieve¹³. Otra consecuencia que fácilmente se desprende también de la finalidad que persiguen las lecturas breves es el que no cualquier texto de la Biblia es apto para realizar la función que tienen asignada estas lecturas. Por ello hay que decir que, si bien es aconsejable *buscar* una frase bíblica apropiada cuando se trata de una celebración especial y concreta, en cambio nunca es recomendable apartarse de los textos

11 Si estas lecturas breves son históricamente el vestigio de una proclamación más amplia de la Palabra o bien si fueron añadidas posteriormente a unas celebraciones que contenían solamente salmos y cantos de alabanza, es un punto no plenamente dilucidado. Cf. HEINEMANN y THOMA en *Concilium*, 98 (1974), pp. 193-195 y 200-205.

12 Cf. Institutio de la *Liturgia de las Horas*, n. 45.

13 Lo que sí es posible es *sustituir* la lectura breve por una lectura larga. Cf. Institutio, n. 46. Pero para la selección de esta lectura larga han de seguirse criterios distintos y no ciertamente el de añadir unos pocos versículos a la lectura breve que fue seleccionada únicamente *en razón de la frase que se quiere subrayar*.

seleccionados por la Liturgia de las Horas si no ha precedido la posibilidad de una búsqueda cuidadosa.

9. Lectura continuada y lecturas seleccionadas

Esta es, sin duda, la distinción más fundamental que en las maneras de leer la Escritura ha introducido la reforma litúrgica. En efecto, la lectura continuada aunque por su realidad objetiva y por su antigüedad histórica sea la más fundamental y primitiva, de hecho su restauración ha sido una novedad de nuestros días, pues antes de la reforma era prácticamente desconocida¹⁴; y aún muchos son los que no han acabado de descubrir la novedad que representa su restauración y, en la práctica, continúan tratando indiscriminadamente la lectura continuada como las restantes lecturas de la celebración.

La lectura continuada tiene como finalidad propia profundizar el mensaje revelado *en sí mismo*, parte de lo que Dios ha dicho al hombre, contempla el plan de Dios bajo *aquellas mismas proporciones* con que Dios lo ha dado a conocer, se extasía ante la *Palabra en sí misma*, sin otra preocupación que contemplar lo que Dios dice, deseosa de no perder ninguno de los matices con los que Dios ha hablado. No sólo se esfuerza por conocer lo que Dios ha dicho sino que intenta vivirlo *en la misma proporción* con que Dios lo ha propuesto; «celebra» la Palabra en toda su plenitud y es la manera que menos peligros presenta de «manejar» el mensaje inspirado según los propios gustos y criterios. Nada de extrañío, por ello, que la lectura continuada sea, por una parte, la manera más antigua de leer la Biblia en la Iglesia y, por otra, la más habitual en los usos de la liturgia reformada.

La lectura seleccionada, en cambio, parte de otros presupuestos. Esta manera de leer la Escritura, precisamente porque no parte tanto de lo que *Dios ha dicho* cuanto de lo que *el hombre busca*, ni es tan importante, ni puede ser tan habitual en la celebración. Podemos decir que este sistema se usa cuando se trata de una celebración centrada más bien en algo que ha proyectado el propio hombre —esto aún en el caso de que se trate de una realidad cristiana, como sería la fiesta de Navidad, pues también la celebración de estas fiestas ha sido el hombre quien lo ha imaginado— que quiere buscar en la Palabra una respuesta a sus propias preocupaciones. Precisamente porque en estas

14 Como hemos visto más arriba, desde los siglos de la alta edad media, o quizás antes, la lectura continuada había desaparecido. Lo único que se conservaba de ella eran algunos vestigios en el Leccionario dominical del Tiempo Ordinario y, con bastante más realidad, en las lecturas de maitines del Breviario.

celebraciones se parte de un *tema determinado previamente*, es en ellas en las únicas que resulta posible buscar una concordancia de *todas las lecturas* alrededor de unas mismas ideas, cosa irrealizable cuando se trata de leer un libro en su continuidad.

La motivación por la que se recurre a seleccionar diversas perícopas de la Escritura puede ser de índole muy diversa: una fiesta cristiana, (Navidad, el aniversario de un santo), un acontecimiento eclesial (la ordenación de un ministro, la muerte de un hermano), una realidad simplemente humana (el comienzo del curso escolar, el día de la paz). Evidentemente que esta manera de proceder es legítima y denota la fe de quienes buscan en la Palabra la única respuesta definitiva a los propios planteamientos; pero hay que decir, con todo, que este modo de escuchar la Palabra ni es tan fundamental, ni tan dócil al plan de Dios como lo es la lectura continuada que parte *exclusivamente* de lo que Dios dice, sin previos presupuestos ni planes. Por ello la Iglesia habitualmente escucha la Palabra como lectura continuada y sólo esporádicamente selecciona las lecturas. Porque, en el fondo, la Iglesia quiere asemejarse a una novia enamorada que atiende simplemente a lo que dice su Señor a la manera como lo hacía la hermana de Marta o como Samuel que repetía: «Habla, Señor», sea lo que fuere lo que a él le plazca comunicar.

10. Tres intensidades distintas en la lectura continuada

En el breve esbozo histórico que hemos trazado más arriba¹⁵ hemos hecho alusión tanto al uso primitivo de las comunidades de leer íntegramente la Escritura como al posterior deterioro de esta práctica. Pero lo que allí no dijimos es que junto al progresivo abandono de la lectura continuada apareció también una también progresiva abreviación de los textos leídos. Cuando el Concilio optó por restaurar la lectura continuada se encontró con la costumbre, ya secular, de unas lecturas siempre muy breves; en este contexto difícilmente podía pensarse ya en una proclamación íntegra de la Escritura, ni aún en el supuesto sugerido por el propio Concilio, de un ciclo que abarcara varios años¹⁶. Por otra parte es innegable que, por más que toda la Biblia sea auténtica Palabra de Dios, ello en manera alguna significa que todas sus páginas sean igualmente importantes. De aquí que —por primera vez en la historia— se pensara en una gradación en la selección de perícopas bíblicas que distinguiera entre las partes más impor-

15 Cf. Apartado n. 3.

16 Cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 51.

tantes y las más secundarias. Esta gradación —subrayarlo es fundamental— en manera alguna significa una *preferencia por determinados temas* en torno a los que se ordenarían las perícopas, sino simplemente un seleccionar en el interior de cada libro y *siguiendo la dinámica del mismo* aquellas partes que resulten ser las centrales para dar el mensaje de cada uno de los libros. Esta opción, pues, al contrario de lo que ocurre cuando se seleccionan las lecturas en vistas a un tema previamente escogido, en manera alguna «maneja» los escritos bíblicos, sino que, con pleno respeto hacia la Escritura, realiza simplemente el voto del Concilio de proclamar «las partes más significativas de la Sagrada Escritura»¹⁷.

Las maneras concretas según las que se ha llevado a término la distinción querida por el Concilio de distinguir entre partes centrales y partes más periféricas de la Biblia, resulta difícil exponerlas brevemente. Digamos que los diversos leccionarios litúrgicos proponen como tres grados o intensidades en la presentación del Mensaje. Un primer grado —al que siguiendo una nomenclatura escolar podríamos llamar «elemental»— lo constituye el Leccionario de los domingos que presenta, para las misas de los días festivos y distribuido en tres años, las líneas fundamentales de la Revelación cristiana. Una segunda presentación, ésta ya más completa —podríamos llamarla de «grado medio»—, nos la ofrece el Leccionario de la misa de los días feriales. Finalmente el Leccionario bienal¹⁸ de la Liturgia de las horas presenta el contenido moralmente íntegro de toda la Revelación bíblica; podríamos decir que este Leccionario bienal es el «grado superior».

17 Cf. *Sacrosanctum Concilium*, n. 51.

18 El leccionario bienal de la *Liturgia de las Horas* está descrito en los nn. 146-152. Posteriormente se incorporó a la *Liturgia de las Horas* un leccionario anual realmente paradójico: por una parte se sigue el principio de presentar los libros bíblicos en su integridad moral, que es la nota específica de las perícopas del Oficio de Lectura, pero, por otra parte sólo contiene la mitad de la Biblia que se repite cada año mientras la otra mitad no se lee nunca. Además, tampoco se da en este leccionario anual la realidad sugerida en la propia Institutio y tan sugestiva para una correcta interpretación de los libros santos de «leer los profetas en el interior de los libros históricos, teniendo en cuenta el tiempo en que vivieron y enseñaron» (cf. Institutio, n. 152). Las graves anomalías de este leccionario anual las describe el que fue responsable del «Coetus» de la reforma de la Liturgia de las Horas. E. J. LENGELING, en *Liturgie delle ore*, pp. 193-204. También WIENER (miembro del citado «Coetus») en «Le lectionnaire biblique de l'Office», *La Maison-Dieu*, n. 105 (1971), 109-113, y FARNÉS, «El Leccionario bíblico del Oficio Divino en el conjunto de los leccionarios litúrgicos», *Phase*, XVI (1976), 187-200.

11. Celebrar la Palabra a través del Año litúrgico

«Celebrar la Palabra» a través del año litúrgico es la finalidad principal de los nuevos Leccionarios litúrgicos. Pero hay que reconocer que son aún pocos los que han captado este ideal. Han pasado demasiados siglos en los que las lecturas bíblicas eran un simple anexo en las celebraciones realizadas totalmente en el altar a través de ritos sacramentales, para pretender que la sola promulgación de unos Leccionarios que presentan de modo dinámico y organizado el mensaje bíblico sean captados en sus líneas maestras. Desgraciadamente la mayoría de fieles continúan escuchando, y los diversos ministros proclamando y comentando en la homilía las lecturas como si se tratara aún de perícopas válidas en sí mismas, no insertadas en un Leccionario que pretende presentar, domingo tras domingo, feria tras feria, año tras año, de manera continuada, las diversas facetas y etapas de la Revelación cristiana.

Pero es necesario tender hacia este ideal, el único que nos puede llevar a un conocimiento pleno y a una vivencia total de la Palabra que nos ha sido dada. Para ello, pensamos, que el primer paso es superar la tentación —muy frecuente aún en no pocos ambientes— de limitarse a un «servirse de la Palabra» para determinadas finalidades (iluminar las propias ideas, buscar una ayuda para la catequesis, orientar los estudios, etc.). Todo ello es legítimo bajo la condición de que sea secundario y nunca habitual en las celebraciones. «Celebrar la Palabra» es colocarla en el centro, es dejarla hablar sin planes propios preconcebidos, es sobre todo dar el lugar principal a la lectura continuada en sus diversos niveles (dominical, ferial, de la Liturgia de las Horas).

Un segundo paso es —para los que siguen varios ciclos simultáneamente— conjugar equilibradamente los diversos niveles de lecturas. Hay que velar para que ninguna lectura bíblica resbale sin lograr por lo menos alguna resonancia espiritual; lo que no se puede pretender es que quienes siguen simultáneamente varios ciclos de lecturas para todos ellos logren el mismo nivel de vivencia y profundización. Un ciclo, por ejemplo, puede constituir tema de una profundización plena (puede ser objeto, por ejemplo, de la oración personal e incluso de algún estudio bíblico), mientras otros pueden servir de simple recuerdo suave de facetas que en otras ocasiones se han ya profundizado. De un año a otro (o de años, de un ciclo a otro) puede variarse el Leccionario que se toma como básico y así siempre se irán enriqueciendo no sólo los conocimientos bíblicos sino la misma vida espiritual.

Un tercer paso, necesario para todos, es la clara distinción entre lo que es lectura continuada y lo que, por el contrario, son textos seleccionados o antologías de textos: habitualmente tanto en la misa como en el Oficio, el Leccionario nos ofrece una lectura continuada que va siguiendo la dinámica de cada libro; pero en las fiestas, por ejemplo, se escogen algunas perícopas para iluminar, a base de todas las lecturas del día, el misterio celebrado (por ello en estos días —pero sólo en ellos— las diversas lecturas tienen un único tema, el de la fiesta, y todas las lecturas concuerdan por ello entre sí); en otras ocasiones no es una fiesta la que selecciona determinadas lecturas sino todo un tiempo: así la octava de Pascua selecciona las diversas apariciones del Resucitado o las primeras ferias de Adviento seleccionan, con referencia a los textos evangélicos, algunas perícopas que iluminan el mensaje de Isaías; en estos casos, pues, no tenemos lectura continuada y por tanto las lecturas han de tomarse bajo un prisma muy distinto, son en cierta manera «autónomas» pues no dependen de las lecturas de los días precedentes como cuando se trata de «lectura continuada».

12. Sugerencias para un buen uso de los leccionarios litúrgicos

Aunque, como hemos ya dicho, no puede pretenderse que todas y cada una de las lecturas sea profundizada hasta el máximo hay, en cambio, que velar para que ninguna de ellas se reduzca a ser un simple «cumplimiento», ninguna puede leerse solamente «porque toca leer una lectura bíblica». No hace mucho apareció en la prestigiosa revista «La Maison-Dieu» un artículo de J. Evenou¹⁹ en el que el autor se lamentaba de que el conjunto de leccionarios dificultaba una vivencia auténtica del mensaje en razón de las múltiples y simultáneas líneas de lectura que proponía hoy la liturgia; al citado autor tampoco le complacía la presencia de lecturas breves, llamadas por él «migajas de la Escritura». Por nuestra parte, pensamos, que las dificultades de este articulista —que son comunes a muchos de nuestros contemporáneos— se deben sobre todo al moderno «espíritu cartesiano», muy ajeno, por otra parte, no sólo a la tradición litúrgica sino incluso al ritmo vital del hombre. ¿Quién buscará, en efecto, una lógica unitaria en sus vivencias personales? ¿Quién pensará en proponer unos temas exclusivos y unitarios en las conversaciones de amor de dos novios? La unidad temática se impondrá ciertamente en un ciclo de conferencias o en el programa académico de un curso..., pero la celebración litúrgica tiene

19 Cf. «Les lectures de la messe et de l'office complémentaires ou concurrentes», en *La Maison-Dieu*, 135 (1978), 83-97.

más de diálogo de amor, de escucha de la voz divina, que de plan riguroso en el que todo está planificado... Por ello una cierta libertad, un cierto planteamiento a diversos niveles —unos como profundización, otros como simple recuerdo— resulta mucho más vital y enriquecedor que un plan lógico en el que todos las lecturas concordaran en unos temas idénticos y esto se asemejaría más a una clase que a una celebración.

Para terminar nos parece sugestivo hacer unas simples sugerencias concretas que ayuden a situarse ante las lecturas bíblicas que propone la liturgia a través del Año litúrgico. Pensamos sobre todo en los que siguen el curso de los tres leccionarios litúrgicos, de los tres «grados» de los que hemos hablado más arriba²⁰. La visión conjunta de los tres leccionarios —dominical y ferial de la misa y bienal de la Liturgia de las Horas— exige, eso sí, una clarificación de actitud y de evaluación de cada uno de los ciclos. Creemos que un buen criterio sería el siguiente: colocarse frente a las lecturas bíblicas en dos actitudes distintas: por un lado el deseo de *profundizar pausadamente cada período una parte del mensaje total de la Escritura*; por otra el interés en ir *recordando suavemente* lo que en otras ocasiones se ha profundizado para que lo que ya fue contemplado y profundizado, penetre poco a poco en nosotros y nos vaya transformando. Distinguiríamos, por decirlo así, entre una lectura «analítico-meditativa» y otra a la que llamaríamos «contemplativo recreativa».

Los que habitualmente rezan el Oficio de lectura (o bien si no lo rezan pueden usar su leccionario para la oración personal o para la celebración de Laudes o Vísperas) y participan además diariamente en la misa, podrían tomar como lectura básica de profundización el Leccionario bienal de Liturgia de las Horas, que es el que nos presenta en su integridad moral toda la Biblia repartido en dos años: con referencia a los ministros de la Palabra sobre todo, si lo profundizan en la oración y el estudio, este leccionario les será el mejor instrumento para llegar a una vivencia personal que luego les servirá para predicar el mensaje de la Escritura en las diversas celebraciones. Cada año, en efecto, en la misa ferial encontrarán aquellos mismos textos que el año anterior habrán profundizado personalmente y entonces, sin preocupaciones directas con respecto a la homilía, podrán usarlos para la predicación del mensaje que ya se habrá convertido en sustancia propia y con ella la homilía resultará algo personal y al mismo tiempo objetivamente exacto... Y para los que no son ministros las lecturas feriales de la misa servirán como recuerdo muy abreviado de todo

20 Cf. Apartado n. 11.

cuanto en el año anterior se profundizó en las lecturas mucho más amplias del Oficio; estas lecturas más breves de la misa servirán, como decíamos más arriba, de recuerdo «contemplativo-recreativo».

Y por lo que respecta a los evangelios pensamos que la lectura en línea de profundización del evangelio del ciclo dominical correspondiente, leído, meditado y estudiado en su tenor completo a base de algún buen comentario y a través de todo el año, hará que sucesivamente se vayan conociendo cada vez mejor los diversos textos evangélicos; en este supuesto la lectura de los evangelios en los días feriales serviría de lectura «contemplativa-recreativa» que hará revivir cuanto se profundizó en la lectura más pausada del año correspondiente...

PERE FARNÉS

*Facultad de Teología
(Barcelona)*